

como dice san Ambrosio, que la pureza en la cual vivió siempre el Bautista, fué efecto de la gracia y la unción del Espíritu Santo, derramada sobre su alma con la presencia de la Virgen, hecha Madre de Dios. Siendo ello así, ¿por qué, pues, no hemos de procurar obrar de manera, que la santa Madre del Señor habite continuamente en nuestras moradas, y dentro de nuestros propios corazones? ¡Oh! qué gozo no experimenta el corazón en el cual habita María! ¡Oh! cuán dichosas no son aquellas familias en las cuales ella reina con su hijo Jesucristo! El milagro que se obró en el hijo que Elisabeth llevaba en su seno, verificase también, en cierto modo, en esas familias afortunadas; sus tiernos hijos sienten los santos influjos de la Madre divina y del fruto bendito de su seno; y esos influjos fecundan admirablemente la gracia que ellos recibieran en el bautismo.

¡Oh Virgen bella, y la sola en el mundo sin ejemplo, que con los esplendores de tu belleza llegaste á enamorar el Cielo! ¡Oh María, templo vivo y purísimo de virginidad, milagrosamente fecunda del Hijo de Dios! ¡Ah! desciende de nuevo del Cielo sobre esta miserable tierra; desciende, y á tu sola aparición, ante la luz que se desprende de tu rostro celestial, ante la fragancia que se exhala de tu inmaculado seno, donde se oculta el Rey de la gloria, se disiparán todas las tinieblas del error que nos rodean por todas partes; y ningún imperio ejercerán sobre nuestro corazón las impuras emanaciones de Satanás; y sin otro recurso nos hallaremos de nuevo en el aura de la inocencia y de la felicidad, que, aún acá abajo, nos hace santos é inmortales. Sí, ven ¡bella Virgen de Nazareth! tierna Madre del Salvador; ven, puesto que también nosotros, á imitación de Zacarías y Elisabeth, poseídos de admiración ante tus sublimes merecimientos, te trataremos con profunda reverencia, postrados á tus sagradas plantas, ahora, y siempre, hasta el último instante de nuestra vida, esperando poder continuar nuestros homenajes en el cielo, en medio de los cánticos de la eterna bienaventuranza. Sí, cariñosa María, desde hoy en adelante, queremos ser enteramente tuyos, y vivir bajo el poderoso manto de tu patrocinio; siempre ocupados en amar y practicar la virtud bajo tu benigno y sábio magisterio, guiados por la luz de tus divinos ejemplos. ¡Ah! ven, pues, repito, sin atender á la miseria del lugar en que vivimos, ni á nuestra indignidad. Ven, y con los celestiales encantos de tu rostro, atraénos á la virtud, á la inocencia, á la felicidad, y á la vida verdadera de la gracia, de la cual Tú eres, entre todas las criaturas, el modelo y el esplendor. Ven ¡oh María! que nosotros queremos ser tuyos, enteramente tuyos, mientras permanezcamos en este miserable destierro, para ser luego

tuyos en el cielo; y cantar allí por los siglos de los siglos las divinas misericordias con los celestiales coros de los Angeles. Así SEA.

---

## DIA DIEZ Y SIETE.

---

### MARÍA RECONOCIDA MADRE POR JOSÉ.

*Joseph vir ejus, cum esset justus, voluit occulte dimittere eam.*

José su esposo, siendo, como era, justo, deliberó dejarla secretamente.

(MAT. I, 19)

Háse dicho, y es ciertísimo, que la historia de los Santos, cualquiera que haya sido su condición y la misión que recibieron del Cielo, debe llamarse la historia de los padecimientos, de las tribulaciones y de los dolores; empero, dolores, tribulaciones y padecimientos que les merecieron una corona inmortal. Dicha verdad es, sin embargo, para muchos un misterio inexplicable; porque no comprenden, siendo tan fácil comprenderlo, que el hombre, tan poderosamente inclinado á la tierra por su viciada naturaleza, jamás elevaría sus ojos al Cielo, donde se halla su verdadera felicidad, si Dios, con su misericordia, no le diera á conocer por medio de las amarguras y las tribulaciones la nada de esta miserable vida. Hé aquí un ejemplo de ello. ¿Creemos, por ventura, que Job, hubiera alcanzado aquel grado de virtud, por el cual, mientras dure el universo, se nos ofrecerá cual modelo del heroísmo que vale al hombre la admiración del Cielo y de la tierra, si despojado de todos sus bienes, privado de sus hijos, hecho blanco de las iras de su mujer y de las befas de sus amigos, y cubierto todo su cuerpo de asquerosas llagas, desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hubiera bebido con sublime resignación, con aquella resignación que le eleva infinitamente sobre todos los más famosos héroes de la historia, el cáliz de una tribulación, de la cual no es posible hallar otro ejemplo? Sin ese carácter distintivo de los

verdaderos siervos del Señor, tampoco resonaría con eco tan solemne la gloria de David, bien que éste fuera el fundador de la monarquía de Israel; ni la de Susana, honra notabilísima de la misma nación; y lo mismo podemos decir de todos los profetas y más célebres Santos del antiguo pueblo de Dios. La tribulación, mis amados hermanos, es el fuego sagrado donde la humana naturaleza se desprende de todo lo terreno, y adquiere una luz tan pura y divina, que muestra con toda evidencia el poder sobrenatural de quien procede, que no es otro que el poder de Dios. Si suprimis esa prueba ¿qué resta ya del hombre pecador, más que lodo, miseria y vileza? Así, pues, esa tribulación, que fué el fundamento de la santidad de todos los escogidos del Cielo en la antigua ley, y debía ser el carácter distintivo de todos los de la nueva, no podía faltar á José y á María. ántes bien ellos debían sufrirla sobre todos los demás y en grado eminente; toda vez que solo bajo tales condiciones merecieron ser encumbrados á tal grado de gloria, que deja ofuscada toda otra cualquiera; y ver humildemente postrados á sus plantas todos los pueblos poseidos, no solo de admiración, sino del más profundo asombro. Hé ahí, pues, el asunto de que vamos á tratar en esta noche; asunto interesantísimo, que merece vuestra especial atención. Pidamos á este fin los auxilios de la gracia: A. M.

María, pues, luego que su cuñada Elisabeth hubo dado á luz al precursor de Jesucristo, Juan el Bautista, despidióse de ella, poniéndose de nuevo en camino para regresar á Nazareth su pátria. Ciertamente dicha separación no podía ménos de ser dolorosa, toda vez que á María parecíale haber encontrado en Zacarías y Elisabeth á los autores mismos de su vida. Empero, los deberes de familia no le permitían más larga demora; y por esto partió. Una vez de vuelta en Nazareth con su santo esposo José, é instalada de nuevo en su casa, prosiguió sus quehaceres domésticos con la misma sencillez, actividad y diligencia de ántes, uniendo á ellos, igualmente, la oración, y la lectura de las divinas Escrituras, por medio de las cuales continuaba alimentando maravillosamente en su alma aquella virtud, en la cual, al decir del Salmista, consiste todo el honor de la hija de un príncipe (1); esto es: la piedad y el sábio gobierno de la casa. Este honor es el verdadero y único honor, especialmente respecto de las madres; pues la voluntad de Dios y nuestra santificación, al decir de san Pedro, consisten en el exacto cumplimiento de los deberes de nuestro pro-

(1) PSALM. XLIV, 14.

pio estado, sin el cual no hay verdadera piedad; y la Religión, en vez de ser provechosa al alma, vuélvese ocasion de daño y de discordia en las familias. Jesucristo no nos predicó, por cierto, el ocio cubierto bajo el manto de la piedad, sino el trabajo y la fatiga ordenados como un acto de Religión para gloria de su Padre; trabajo y fatiga proporcionados al estado de cada uno, y santificados por medio de la Religión.

Tales eran los principios de educación civil y religiosa de los cuales estaba penetrada el alma de María; por cuyo motivo ella resplandecía en su casa como una antorcha (1); y José, que era el esposo que le había designado el Cielo, era feliz por ello. Mas ¡ay del hombre, como ya lo hemos observado, si en su presente estado, y siendo encumbrado sin cesar por la fortuna, no conociera lo que es el dolor! En este caso, perdiendo en breve el saludable sentimiento de su dependencia de la voluntad divina, y creyéndose autor de su felicidad, llevaría su infernal orgullo hasta insolentarse con Aquel que le crió, y su perdición fuera segura; como lo fué, entre otros, la de Faraon, el cual se atrevió á contestar á Moisés, que le pedía la libertad del pueblo de Israel en nombre de aquel Dios que lo había hecho pueblo suyo: ¿Quién es ese señor para que yo haya de escuchar su voz? Yo no conozco á ningun señor superior á mí (2). Empero ¿qué digo Faraon? ¿Cuántos de entre nosotros no temen hacerse reos del mismo infernal ultraje? Hé aquí, pues, porque siendo Dios infinitamente misericordioso, en su admirable providencia dispone, que no haya un solo justo en el mundo que no deba pasar por el fuego de la tribulación; á fin de que caminando humildemente bajo la poderosa mano del Señor (3), por la senda que conduce á la virtud, no incurra, como Lucifér, en eterna condenación. Por tal prueba va á pasar ahora José.

María, como ya oísteis, fecundada por la virtud del Altísimo, había concebido en su seno un Hijo, el cual naciendo santo, pues que como Verbo del divino Padre era la misma santidad por esencia, debía ser llamado, segun las palabras del arcángel Gabriel, Hijo de Dios, sentarse en el trono de su padre David, y reinar eternamente en la casa de Jacob (4). Dicho fruto divino iba creciendo en el casto seno de María y sus señales comenzaron á hacerse ostensibles. José, al principio, no se apercibió de ello; mas, por fin, sus ojos no pudieron

(1) ECCL. XXVI, 22.

(2) EXOD. V, 2.

(3) I PETR. V, 5.

(4) LUC. I, 22.

ménos de notar el misterio que él ignoraba, y, naturalmente, su alma debió sentir una perturbacion profunda. No que cruzara nunca por su imaginacion la más mínima sospecha respecto de la virtud de su esposa, la cual veía siempre bella y venerable, en el aura de la inocencia que la rodeaba; mas el hecho era cierto; y solo Dios podía poner término á su dura prueba. Y José, como tipo verdadero de los tiempos patriarcales, en Dios pone toda su confianza. Él no se deja, ciertamente, vencer por las sospechas, ni se entrega á una loca desesperacion, como con harta frecuencia lo hacemos nosotros, en tales casos, y, á menudo, sin visos siquiera de razon, en detrimento de nuestros prójimos; sinó que su alma permanece tranquila, y confiada en Dios, del cual ha recibido su elevada mision; y si algun pesar experimenta, es por lo que María puede sufrir, viendo que él ha venido en conocimiento del hecho cuyo misterio ignoraba hasta entónces. En una palabra, su corazon hállase lleno de tierna piedad, y aguarda con resignacion que Dios le libre de su congoja. ¡Pobre José! Los Cielos regocéjanse ya ante la proximidad del nacimiento del Salvador; la tierra siente por ello un misterioso alborozo, juntando sus alabanzas á las de aquéllos; el Infierno, tiembla y teme su inminente ruina; y, sin embargo, el venerable patriarca, tan bienaventurado por tener dentro de su propia casa al Mesias, y con él, el inmenso tesoro de las divinas alegrías, vive en la más terrible inquietud por ignorar el cumplimiento del sublime misterio de Dios.

Empero, observad, mis amados hermanos; como José se distingue de todos los hombres de su nacion, en su tiempo. El no obra ya como los Hebreos, los cuales huían con desden del trato de sus semejantes, é iban á desahogar su mal humor en la soledad, declarándose enemigos, ó poco ménos, de la sociedad á la cual pertenecian. Ni obra tampoco como los Saduceos, que no se curaban de la ley, ni hacian distincion alguna entre el bien y el placer; pues con tal que gozaran, nada les importaba todo lo restante: José, en tales circunstancias, da muestras de amar las leyes pátrias, y de que aún la sombra del mal perturba su conciencia. Ni siquiera muestra el venenoso celo de los fariseos, los cuales bien que se mostraran celosos tocante á las prácticas exteriores de la justicia, no tenían, sin embargo, fé alguna en ella; en términos, que el rigor de la ley no era para ellos más que un pretexto para satisfacer el odio que alimentaban en sus corazones. Así, pues, José, en medio de su pueblo, ofrécese á nuestros ojos como un hombre de otra época, como el hombre de los tiempos patriarcales. El sabe positivamente, que María, su esposa, es más pura y más santa que los Angeles del cielo; y la ama con un amor

santo y celestial, como convenia á una criatura tan sublime; por otra parte, ve un hecho que no comprende; un hecho del cual no puede dudar; empero, él se guardará mucho de investigarlo, de juzgar, ó de denunciar por ello á la Virgen, segun la ley ordenaba, y ni aún de turbar en lo más mínimo la tranquila inocencia de su alma: eso fuera á sus ojos un delito, al cual él prefiriéra la muerte. ¿Qué hará, pues?

¡Oh, vosotros, que considerais dura la tribulacion, con la cual Dios castiga nuestras iniquidades, ó nos purifica de nuestros terrenales afectos, para que lleguemos á ser dignos de Él! venid á contemplar la conducta del patriarca de la nueva alianza; del hombre justo por excelencia (1); del inocente José, bajo la mano poderosa del Cielo, que pone á prueba su virtud. ¡Ah! ¿qué significan todos vuestros padecimientos respecto de los suyos, y en comparacion de aquellos, por medio de los cuales fué puesto á prueba el amor de los Santos? ¿Habeis observado alguna vez, á qué precio adquirieron todos ellos la corona? Nunca os olvideis, mis amados hermanos, de la sentencia de nuestro divino maestro Jesús; es decir: que no es digno de Él aquel que no carga con su cruz y no le sigue por la dolorosa senda del Calvario (2). ¡Ancho y espacioso es el camino que conduce á la perdicion; pero difícil y estrecho el que conduce á la gloria (3)! Ni tampoco olvideis nunca, que los cielos y la tierra pasarán; pero que la palabra del Señor permanece y permanecerá siempre inmutable. Pues bien; hé aquí la resolucion de José; resolucion dolorosísima para su alma, pero santa y justa en las condiciones en que se halla: romper tácitamente los vínculos que le unen con la hija de Joaquin y Ana, dejando que solo Dios cuide de una criatura tan misteriosa y sublime; considerando que Dios solamente era digno de ella, toda vez que era toda suya, y la había destinado para obrar maravillas nunca vistas (4). ¡Oh justicia admirable respecto de Dios, respecto de la ley y respecto de la Madre del Verbo divino! ¡Oh espléndida y viril virtud, que nos recuerda los tiempos de Abrahan, de Isaac y de Jacob, dejándonos entrever algo de lo que fué el hombre inteligente, justo y santo al salir de las manos de Dios! ¡Ah! ¿volverá á resplandecer tal virtud sobre la tierra?

José, pues, disponíase ya á ejecutar su designio, que ciertamente debía causar un atroz martirio á un corazon tan bueno y afectuoso como el suyo. Empero, cuando se obra por Dios, no solo hácese

(1) MATTH. I, 19.

(2) MATTH. XVI, 24.

(3) IDEM. VI, 13, 14.

(4) IDEM. I, 19.

suave todo sufrimiento, sinó que hasta la muerte misma pasa á ser agradable. José abandonará, por lo tanto, su morada, confiando en la providencia del Cielo, respecto de cuanto pueda sobrevenir. Mas ¡ah! cuán grandes y admirables son, oh Señor, tus designios! Tú nos pones á prueba; pero solo lo haces para nuestro bien, y poder coronarnos de gloria. Tú permites, y aún quieres, que, de vez en cuando, nuestras almas vivan sumidas en el llanto; mas con el solo fin de acrecentar nuestro gozo ¡oh Dios mio! cuando hayas visto que nuestro amor realmente te pertenece. Y, en efecto, así se verificó entonces con el venerable patriarca, puesto que durante la última noche que éste había resuelto pasar al lado de María, y en tanto hallábase entregado al reposo, hé aquí que se le aparece un Angel del Señor, y le dice: «José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Así que, parirá un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús: pues Él es el que ha de salvar á su pueblo de los pecados.»

Lo que experimentó el venerable patriarca á esa angélica vision, imaginadlo vosotros mismos, si podeis, puesto que yo me siento incapaz de todo punto de expresároslo. Por mi parte, solo me figuro, que su alma debió sentirse arrebatada por un éxtasis de amor, cuyo contento hubiera sin duda agotado completamente sus fuerzas, si Dios no le hubiera fortalecido con su poder. El Evangelio solo dice, sobre el particular, las siguientes simplicísimas, pero, por lo mismo, sublimísimas palabras: «José, al despertarse, hizo lo que le mandó el Angel del Señor; y recibió á su esposa.» Empero, yo no vacilo en afirmar, que José, á la luz de esas divinas palabras, vió á su esposa María sobre el altísimo trono de gloria, resplandeciente de tanta belleza, que el Cielo y la tierra y toda la Jerusalem celestial hermo-seábanse maravillosamente con ella. Vió estupefacto, inclinarse ante María las miriadas de Angeles que cantan el hosanna interminable al Altísimo; vió á los patriarcas, los profetas, y todos los santos reyes de Israel, contemplarla en tal arróamiento, como si apenas osaran dar crédito á tal portento; vió generaciones y pueblos, y tribus de toda lengua y region del globo, penetrando en aquella luz, y con los ojos y las manos levantadas hácia la Reina del universo, prorumpir en cánticos de indecible armonía para celebrar su gloria. ¡Oh vision! oh gozo del Paraíso!

¡Dios eterno! Y ¿quién pudiera, pues, decir las delicias que Tú tienes preparadas en el Cielo para tus fieles siervos que te siguen con amor por el árduo camino de la cruz, si tan grande es el gozo de que

inundas sus almas despues de la prueba valerosamente sufrida, acá abajo, en este destierro (1)? Ahora concibo, Dios mio, por qué Job, agobiado bajo el peso de la desgracia, con su cuerpo hecho una horrible llaga, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza, exclamaba, tranquilo y dichoso: «¡Bendito sea el nombre del Señor (2)!», sin que saliera de sus lábios ni una palabra que pudiera ofenderle. Ahora comprendo el divino entusiasmo de Teresa y de Magdalena de Pazzi, las cuales, como arrebatadas y fuera de sí, por el contento que sentían al verse agobiadas por las enfermedades, corrían por el interior del monasterio exclamando: «¡O padecer ó morir!» ó estas otras: «¡Padecer, Dios mio, y no morir!» ¡Oh cruz de Jesucristo, tú no eres, pues, como nosotros creemos, insensatamente, un insopor-table martirio; muy al contrario, eres la fuente de dulzuras que exceden á todo terrenal placer para aquellos que animosos te abrazan; bien que á la vista parezcas tan áspera y dura, y solo motivo de inmenso dolor! ¡Oh Dios de bondad y de misericordia! infunde en nuestras almas ese amor de tu cruz, de tal manera, que ésta sea en la tierra nuestra única delicia y nos sirva como de escala para subir al Paraíso. Por esa misteriosa escala volvió á Ti tu querido Hijo, que descendió á este suelo para redimirnos; y por esa vía caminó siempre con Él su inocente Madre, María, asociada á su divina mision, por la cual vino á redimirnos y salvarnos. Y por dicha vía caminó tambien, de un modo especialísimo, su querido esposo José, el padre putativo de tu Hijo y el más maravilloso ¡de todos los Santos. Infúndenos, repito, el amor de la cruz, y que este amor nos sostenga en las luchas de esta vida, nos alcance la victoria en el artículo de la muerte sobre nuestro más poderoso enemigo, y triunfantes, nos introduzca en la bienaventurada pátria del Cielo. Así SEA.

(1) II. CORINT. II.

(2) JOB. II. 21.

## DIA DIEZ Y OCHO.

### VIAJE DE MARÍA Á BELEN.

*Ascendit Joseph a Galilea in  
Judeam... ut profiteretur cum  
Maria.*

José vino desde Galilea á la  
Judea para empadronarse con  
María.

(LUC. II, 4.)

Es una verdad, mis amados hermanos, tan admirable como cierta, confirmada por la historia de todos los siglos, y expresada en dos palabras por el buen sentido del pueblo cristiano; que los hombres, en todas las cosas de acá abajo, proponen, pero que Dios es siempre quien dispone. Eso significa, que nada sucede ni puede suceder en el universo, sin que su providencia, abarcando con mano fuerte de un cabo á otro todas las cosas, y ordenándolas todas con suavidad (1), lo haga redundar todo en mayor bien del hombre y á mayor gloria del Criador. Para cerciorarnos de tal verdad, basta leer la historia del mundo, la cual á cada paso, desde Adán, hasta nosotros, nos ofrece de ello el testimonio más claro y solemne. Ved ahí, por vía de ejemplo, á Moisés. Este nace mientras el pueblo de Israel gemía bajo una feroz tiranía, cual nunca se había visto en Egipto; en términos, que para salvar su vida, su madre vése reducida á la necesidad de tener que aventurarlo dentro de una cesta de juncos, en un carrizal de la orilla del Nilo (2). ¿Quién no creyera entónces, que aquel niño se hallaba á merced del acaso? Y, sin embargo, no era así; ántes bien el Cielo, con tan misteriosos medios, dispone introducirle, conforme sucedió, en la régia morada del bárbaro monarca, á fin de que de allí salga un día como salvador de su pueblo y operador de grandes prodigios.

(1) SAPIENT. VIII, 1.

(2) EXOD. II, 3.

Ved también á José, hijo predilecto del patriarca Jacob. Envidiosos sus hermanos de su inocente amabilidad, y del tierno afecto que su padre le profesa, lo venden á los mercaderes de Egipto (1); ¿quién, en tal caso, no hubiera creído, que la vida de José debía ser corta y su fin desgraciado? Y, no obstante, por tal vía Dios le conduce como por la mano al elevado cargo de virey de aquel país (2), destinado con prevision profética, á salvarlo de la carestía que debía reducir por espacio de siete años á la más dura miseria una gran parte del mundo; y, salvando á Egipto, debía salvar, igualmente, á su propia nacion. Empero, sin necesidad de recordar ahora otros hechos, de los infinitos que refieren las divinas Escrituras, bastará para el caso el ejemplo que ofrece á nuestros ojos la vida de María, que estamos meditando; ejemplo tan luminoso y extraordinario, que de seguro, no hay necesidad de aducir otro alguno para quedar convencidos, de que sin el querer divino nada, absolutamente nada sucede en el universo. Tal hecho nos lo suministra el viaje de la Virgen con su esposo José, desde Nazareth á Belén, obedeciendo el edicto de César Augusto, emperador de Roma, por el cual, así ellos, como todas las demás gentes de su pueblo, debían dirigirse á dicho punto para ser inscritos en el padron general del imperio. Y sin otro preámbulo entremos en materia: A. M.

Dos famosas profecías, entre otras, corrían de boca en boca respecto del nacimiento del Salvador; la una era la de Balaam; la otra, de Jacob; aquélla aseguraba, que el Mesías aparecería cuando el poder romano hubiera llegado al apogeo de su gloria; la segunda decía, que dicha aparicion tendría efecto cuando el cetro y el gobierno de Israel no se hallaría ya en manos de los descendientes de Judá, hijo de aquel patriarca (3). Pues bien, ambas profecías estaban ya á punto de cumplirse. La primera, porque á la sazón los descendientes de Rómulo habían llevado sus águilas hasta los últimos confines de la tierra entónces conocida; por cuyo motivo aún los más apartados pueblos del Asia, aterrados de aquel formidable poder, que parecía tener algo de divino, apresurábanse á enviar solemnes embajadas á César, para obtener en cambio su amistad y su favor. La segunda, porque el Egipto, la Siria y la Palestina habían sido ya declaradas provincias romanas; bien que Herodes, como rey de los Judíos, continuara rigiendo el gobierno de las mis-

(1) GÉNES. XXX, 28.

(2) IBID. XLI.

(3) GÉNES. LIX, 40.